



EL CUENTO EN SAN MARCOS

SIGLO XX : PRIMERA SELECCIÓN

Carlos Eduardo Zavaleta ; Sandro Chiri Jaime

Indice

- 📁 Prólogo

- 📁 Clemente Palma
Una Historia Vulgar (1904)

- 📁 Enrique López Albuja
Dedicatoria a Cuentos Andinos (1920)
Cómo habla la coca (1920)

- 📁 José Antonio Román
El cuaderno azul (1916)

- 📁 Carlos E. B. Ledgard
Don Quijote (1899)

- 📁 Ventura García Calderón
A la criollita (1924)

- 📁 Abraham Valdelomar
Yerba Santa (1904)

- 📁 César Vallejo
Más allá de la vida y de la muerte (1923)

- 📁 Francisco Vegas Seminario
Taita Dios nos señala el camino (1946)

- 📁 Emilio Romero
El pututo (1934)

- 📁 José Diez Canseco
Jijuna (1930)

- 📁 Fernando Romero

-
- El abrazo (1924)
 - 📁 Estuardo Núñez
 - El malecón (1928)
 - Puntos (1928)
 - 📁 José María Arguedas
 - La agonía del Rasu-Ñiti (1961)
 - 📁 Porfirio Meneses
 - Casicha (1946)
 - 📁 Sara María Larrabure
 - Peligro (1957)
 - 📁 Armando Robles Godoy
 - En la selva no hay estrellas (1971)
 - 📁 Glauco Machado
 - Locura
 - 📁 Sebastián Salazar Bondy
 - Volver al pasado (1954)
 - 📁 Eleodoro Vargas Vicuña
 - Esa vez del huaico (1953)
 - 📁 Carlos Thorne
 - El viaje (1955)
 - 📁 José Durand
 - Ensalmo del café (1958)
 - 📁 Manuel Mejía Valera
 - Una vez por todas (1960)
 - 📁 Luis León Herrera
 - Animal fantástico indomesticable (1986)
 - 📁 José Bonilla Amado
 - La sequía (1957)
 - 📁 Wáshington Delgado
 - La muerte del doctor Octavio Aguilar (1979)
 - 📁 Juan Gonzalo Rose
 - La captura (1952)

-
- 📁 Carlos Eduardo Zavaleta
Juana la campa te vengará (1969)
 - 📁 Antonio Gálvez Ronceros
El animal está en casa (1979)
 - 📁 Tulio Carrasco
Látigo (1955)
 - 📁 Edgardo Rivera Martínez
Ángel de Ocongate (1979)
 - 📁 Mario Vargas Llosa
El abuelo (1959)
 - 📁 Índice de autores
 - 📁 Índice cronológico de títulos

Prólogo

Hemos recibido el grato encargo de ordenar una antología de cuentos (mayormente breves) de autores que, en diversas épocas del siglo XX, hayan estudiado o ejercido la docencia en San Marcos. No hay ni habrá otra condición; y por ello esperamos que éste sea sólo el primer tomo.

Hacer una historia del cuento peruano en San Marcos es casi coincidir con la del país; aquí, en sus aulas viejas o nuevas, se forjan los llamados "fundadores" del cuento nacional, entre ellos Carlos E. B. Ledgard, Abraham Valdelomar, o José Antonio Román. Los estudios previos de Alberto Escobar y Ricardo González Vigil nos han servido de principales guías, aunque sin opacar otros esfuerzos y otras antologías.

En cuanto a la evolución del género, lo más natural nos parece seguir las escuelas literarias. Así, los primeros textos del siglo pasado brotaron del innegable influjo modernista; sin embargo, a veces en un mismo autor, por ejemplo en Valdelomar, las tendencias románticas, regionalistas y modernista se mezclan. Entre otros, como en Clemente Palma, el modernismo, el decadentismo y la variedad de cultismo le quitaron espontaneidad en la prosa. En cambio, Román escogió con mucho tino sus influjos y sólo le preocupaba escribir bien, aunque quizá "escribir bien", como decía Cortázar, nos aleja del medio donde vivimos.

Luego viene otro grueso filón, el de los indigenistas. El tiempo ha terminado por seleccionar a los mejores, y ha premiado a López Albújar no sólo como iniciador de esa tendencia, sino como gran novelista del mestizaje, del mulato, del cholo, de cualquier clase de criollo peruano, y en ese camino lo han acompañado Alegría, Arguedas y Diez Canseco.

Cuando los narradores de los 50 empezaron a escribir desplazaron muy rápidamente a los "costumbristas". Así de fuertes son los vientos de la historia y de las modas artísticas. Entre ellos están los principales "experimentadores".

Dentro de la variadísima profusión de narradores que surgen en 1945, la escuela realista aparece como adalid, pero por poco tiempo; luego, hay toda clase de cruzamientos, de "experimentos" literarios de verdad, en cuyos extremos quedan lo real y lo fantástico, pero ya nada es puro o nítido. En el segundo volumen veremos aún más clara esa rica ambigüedad.

Dicho esto, ¿ cómo ordenar los cuentos ? ¿ Sólo seguir cronológicamente la sucesión de las escuelas y las fechas de nacimiento de los autores ? Y en vez, ¿ cuál cuento

poner primero, a fin de destacar la evolución del género, el cambio más o menos visible o el posible influjo de ese texto en otros posteriores ?

La finalidad de este libro no es demostrar que, en siglo XX, hemos tenido en San Marcos excelentes cuentistas. Eso lo sabe todo el país. Nos importa más señalar aquella evolución del género, quiénes fueron los auténticos pioneros, quiénes los que culminaron mejor las diversas tendencias, y cómo fue la alternancia de gustos y modas.

Por ello, ordenar los cuentos por fechas de nacimiento de autores nos parece una costumbre fácil, quizá pedagógica, pero también improductiva. Mejor sería efectuar una segunda lectura, basada en las fechas de publicación (o redacción) de los textos, a fin de seguir realmente el curso del cuento peruano. Para facilitar esa segunda aleccionadora lectura, hemos consignado las fechas de publicación, al final de cada texto, a fin de gozar no sólo de los pioneros, de los que abren los caminos, sino asimismo de los que culminan algunas tendencias. Por otro lado, a veces hemos preferido publicar el primer texto de un autor famoso, para que se vean los humildes comienzos y se contrasten luego con las obras ya logradas, las que conocemos todos.

Por lo demás, éste es sólo el primer volumen de la antología que les ofrecemos.

Lima, 12 de mayo 2001
450 años de la fundación de San Marcos

Carlos Eduardo Zavaleta
Sandro Chiri Jaime

Una historia vulgar

Clemente Palma
(1872 - 1946)

Un joven médico francés me refirió una historia trágica de amor, que se quedó vivamente grabada en mi memoria y que hoy refiero casi en los mismos términos en que la escuché:

Hela aquí:

Ernesto Rousselet era un muchacho que intimó conmigo en virtud de no sé qué misteriosas afinidades. Era lorenés y de una familia protestante. Fui el único amigo a quien amó y con quien tuvo verdadera intimidad. Era, sin embargo, de una educación, de un carácter y de un modo de pensar muy distintos a los míos; más aún, completamente opuestos. Ernesto era un puritano: por nada del mundo dejaba de ir los viernes a los oficios y los domingos a oír la lectura de la Biblia en una capilla luterana. A veces le acompañaba yo, y, a pesar de mi espíritu burlón, no podía menos de respetar la honradota fe de mi buen amigo. Ernesto era serio, incapaz de una deslealtad, y su alma noble de niño grande, se transparentaba en todos sus actos y brillaba en la mirada de sus grandes ojos azules, en sus francos apretones de mano, y en la dulzura y firmeza de su voz. Nada de esto quiere decir que Ernesto fuera bisoño y meticuloso, ni que se asustara con las truhanadas propias de los mozos, ni que fuera un mal compañero de diversiones. Cierto es que a muchas asistía sólo por complacerme. Uno de los grandes placeres de Ernesto era hacer conmigo excursiones en bicicleta, de la que era rabioso aficionado.

Por más que me esforcé en convencer a Ernesto de que el hombre era ingénitamente perverso y de que la mujer, cuando no era mala por instinto, lo era por diletantismo, no lo conseguí. El buen Ernesto no creía en el mal; decía que los hombres y las mujeres eran inmejorables, y que la maldad se re-velaba en ellos como una forma pasajera, como una condición fugaz, como una crisis efímera, debida a una organización social deficiente; como una ráfaga que pasaba por el alma humana sin dejar huellas; la maldad era, según él, un estado anormal como la borrachera o la enfermedad.

Nada más curioso que las discusiones que teníamos, ya en mi cuarto, ya en el suyo; él, queriendo emparar mi alma en su condescendiente optimismo; yo, tratando de atraerle a mi humorismo, o mejor dicho, a mi pesimismo complaciente también. La

conclusión era que nos convencíamos de la ineficacia de los esfuerzos de nuestra dialéctica, y que encima de nuestras divergencias brillaba más que nunca la luz pura de nuestra amistad.

Jamás se permitió Ernesto el lujo de tener una querida. Pensaba que ello era vincular demasiado a una mujer con nosotros por medio de lazos inicuos, y una vez dentro del laberinto impuro, ya no había más puerta de salida que la infamia del abandono. No se cansaba de censurarme que yo tuviera una amiga.

—Eres un loco —me decía,— en amar así con tanta prodigalidad. Llegarás a viejo con el alma brumosa y el cerebro y los nervios agotados; llegarás a viejo sin conocer amor puro, el verdadero amor con sus delectaciones espirituales, más duraderas, más hondas y más nobles que el amor epidérmico de que hablaba Chamfort. Conocer mucho a la mujer en ese aspecto es aprender a despreciarla.

—Conocer el alma de la mujer —le respondía yo,— es despreciarla más aún. Pero ¿crees tú, Ernesto, que una amiga es sólo un animal de lujo, una muñeca con la que se simula el amor? He ahí tu error. Quizá lo que menos huella hace en un hombre, es lo que tú consideras como principal fin de este género de relaciones. El verdadero goce es el mero convencimiento de la posesión absoluta de una mujer; es saber que somos amados y deseados; es sentir, mientras estudiamos (Ernesto y yo éramos entonces estudiantes de medicina), el pasito menudo de una mujer joven y hermosa, que voltejea en torno de nuestra mesa de trabajo; es la satisfacción que sentiría un cazador de raza al dormir con las manos metidas dentro de las lanas de su perro; es un placer psíquico, aquel de sentir, en medio de una disertación sobre un cistosarcoma o una mielitis, que unos brazos sedosos enlazan nuestro cuello, y una boca, sabia en amor, nos besa en los labios; es reñir y hasta injuriar a una mujer o sufrir sus genialidades y sus nervios, y satisfacer sus caprichos y exigencias; y más que todo eso, es tener la conciencia de que todo ello lo soportamos porque nos da la gana, y en cualquier momento que se nos antoje podemos poner a esa mujer de patitas en la calle. Todo esto y mucho más es el goce que nos proporciona la querida, y que tú no conoces, Ernesto. Crees que esto es el amor incompleto y deformado, porque no tiene la inefable ternura, la fe, el respeto mutuo, el cariño espiritual... Convengo en algo de lo que me dices, por más que esos elementos inmateriales del amor a la amada, no sean completamente ajenos al amor por la querida. Pero a mi vez te pregunto yo: ¿ese cariño que tú preconizas es completo, careciendo de aquello que censuras? Indudablemente que no. Y entre dos amores incompletos, prefiero aquel en que lo que falta es el ensueño a aquel en que lo que falta es la realidad.

—Es que casándote después de haber amado con el corazón, obtienes el complemento perfecto, salvándote de las infamias de la inmoralidad y de los inconvenientes del vicio.

—Te agradezco, Ernesto, el buen deseo, pero pienso no seguirlo en mucho tiempo. Opto por mi sistema, que tiene los goces del amor y carece de los horrores de la vinculación legal.

A pesar de la intimidad que nos unía, jamás había querido Ernesto explayarse conmigo sobre sus relaciones con unas muchachas que vivían en la misma casa que él, en la calle Marbeuf. Probablemente temía que yo formulara algún juicio torcido o arriesgara alguna broma subida que le habría hecho sufrir. Una noche, un amigo le hizo al respecto no sé que alusión, y Ernesto se ruborizó como una niña.

Estaba yo una tarde escribiendo a mi familia, mientras que mi arpista, una buena muchacha que me hacía compañía, ensayaba en la alcoba un trozo difícil de Tristán e Isolda, cuando entró Ernesto pálido y convulso. Me echó los brazos al cuello y se puso a llorar. Nunca he oído sollozos más angustiosos y que expresaran un dolor más agudo.

—¿Qué es eso, Ernesto, amigo mío?.. ¿Qué tienes? ¿Cartas de Lorena?.. ¿Alguna mala noticia sobre tus padres? —le pregunté consternado.

—No, no...

Hizo un poderoso esfuerzo para tranquilizarse y, cuando lo consiguió, me refirió en voz baja que a ratos se enronquecía, el motivo de su desesperación.

Hacía siete años que era amigo íntimo de dos muchachas llamadas Margot y Suzón Gerault, muchachas muy dignas que vivían con cierta comodidad, debido a una renta de 8,000 francos anuales que producía un inmueble rústico que tenía su padre. Este era un buen señor que, desde que cegó, no quiso salir a la calle, y la vida sedentaria le había hecho engordar hasta la obesidad. Sus hijas le adoraban, y su esposa era una señora muy pequeñita y activa. Ernesto había ido a vivir al piso superior y todas las mañanas, al dirigirse al Liceo primero, y a la Facultad después, veía a las niñas alegres y cariñosas mirando al pobre enfermo. Al poco tiempo ya era amigo de la familia Gerault y pronto intimó. Posteriormente, iba Ernesto todas las noches a leerle el periódico al papá ciego. Cada vez quedaba Ernesto más hechizado de la sencillez de esa familia, de la sincera cordialidad con que le trataban y de la ingenuidad e inocencia de Margot y Suzón. Ernesto no tenía hermanos y se encontró con que París le ofrecía un hogar, donde halló afectos que no tuvo en su fría Lorena.

Margot y Suzón le consultaban todo; a veces salían con él a hacer compras, y algunos domingos iban con él y varias amigas a jugar el cricket a una pradera en Neuilly. Margot era seria; Suzón alegre y bulliciosa, una locuela, un ángel lleno de diablura. Margot era una rubia reflexiva de carácter energético; tenía unos ojos verdes, misteriosos, de mirada dura que siempre parecían investigar la intención recóndita de cada frase escuchada. Como Margot tenía un criterio frío y sereno, la consultaban sus padres para todo: era en realidad el ama de la casa. Suzón, no tan rubia, tenía dos años menos, y era alocada y precipitada en todo: tenía encantadoras vehemencias que le iluminaban la cara y le hacían brillar los ojos de cervatilla. A cada momento Suzón estaba haciendo jugarretas a Ernesto, y nada había más delicioso que sus carcajadas cristalinas.

Una noche, Ernesto se sintió enfermo; pero como estaba tan acostumbrado a ir al departamento de la familia Gerault a leer el periódico al anciano ciego, fue también esta vez. Estaba pálido y febril, pero procuraba ocultar su malestar. Margot le observaba atentamente y le dijo en voz baja a su hermana:

—Mira, Suzón, Ernesto está enfermo y, sin embargo, ha venido a leerle el periódico a papá...

Suzón se levantó, corrió donde estaba Ernesto, y dándole un sonoro beso en la frente le dijo con adorable vehemencia:

—¡Qué bueno eres, Ernesto!..

El pobre mozo desde este momento se sintió realmente enfermo, o, mejor dicho, comprendió que su dolencia física era insignificante al lado de la dolencia moral que desde hacía tiempo le aquejaba sin que ello hubiera notado: el amor; estaba enamorado, no de Margot, cuyo carácter tenía más afinidades con el suyo, sino de Suzón, la

vivaracha y revoltosa. Aquello de la fraternidad que la unía con las hermanas Gerault, era una superchería que su pasión había inventado solapadamente para penetrar de un modo artero en su corazón, con el objeto de prevenir los reproches que le hubiera hecho su honradez. Sí, él amaba a Suzón, no como a hermana, sino como a amante, la adoraba como novia, la deseaba como mujer...

En los cinco días que duró su enfermedad, y en los que tuvo que guardar cama, la señora y las señoritas Gerault le cuidaron con cariño y asiduidad. Cuando se levantó, ya Suzón y él se habían confesado mutuamente su amor; él, con el respeto y tímida ternura de su alma honrada; ella, con la vehemen- cia de su carácter, con el fogoso apasionamiento con que lo hacía todo.

Suzón adoraba los niños; dos o tres chicuelos que vivían en uno de los pisos de la casa, la llevaban confites al regreso de la escuela, y Suzón les correspondía con sonoros besos en las mejillas, y llevándoles a su cuarto a jugar.

Suzón y Ernesto eran novios; se casarían cuando él se re-cibiera de médico. Por aquella época llegó a París una tía de Suzón que venía de una ciudad de Auvernia. Era una señora que hablaba un patois incomprensible. Se alojó en casa de los Gerault con sus tres hijos: una niña de doce años, un mozalbete de quince y otro de trece. Estos huéspedes fueron una contrariedad para Ernesto, pues los tres muchachos no estaban sino adheridos a las faldas de su prima Suzón, cuyo carácter jovial y travieso les encantaba, y por tanto dejaban a los novios muy pocas ocasiones de hablar de su amor y de sus proyectos. Los tres muchachos eran algo perversos para su edad, pues, apenas veían que Suzón y Ernesto conversaban en voz baja, se hacían guiños maliciosos, por lo que éste les profesaba muy cordial antipatía.

Una noche, mientras Ernesto leía el periódico al ciego, oyó que las señoras y las niñas concertaban una visita al Louvre y al Luxemburgo; la provinciana quería conocer algunas de las maravillas de París para embobar allá, en su caserío de un rincón de Auvernia, al cura, al alcalde y al boticario. Ernesto oyó con gran gusto que su novia se quedaría con el ciego.

A las dos de la tarde del día siguiente bajó Ernesto para charlar un rato con Suzón. Ya habían salido la provinciana con la señora Gerault, Margot y la primita, y probablemente los dos muchachos. Ernesto entró a la sala: allí estaba el cie-go dormitando en un diván. Ernesto no quiso despertarle y penetró en las habitaciones interiores. Llegó a la habitación de Suzón; supuso que ella estaría también recostada dormitando. Pensó volver más tarde en consideración a su sueño; pero ¡bah!, Suzón preferiría conversar. Empujó la puerta y entró... ¡Ojalá se hubiera caído muerto en el umbral! Regre-só, pasó nuevamente cerca del ciego que dormía, bajó las escaleras y salió a la calle como si nada hubiera pasado. Sentía, sin embargo, que algo le hervía sordamente dentro de su ser, sentía como si algo se le hubiera muerto y podrido en un segundo. ¡Oh puerilidades de la imaginación que evoca asociaciones a veces ridículas hasta en las situaciones más amargas! Ernesto recordaba persistentemente una ocasión en la que fue al gabinete de un dentista para que le hicieran una pequeña operación en la mandíbula inferior, en donde se le había producido una exóstosis en la raíz de un diente. El cirujano le inyectó una buena dosis de cocaína que le anestesió completamente la región enferma. Ernesto sabía que el bis-turí y la sierra le destrozaban los huesos y los músculos y, sin embargo, no sentía dolor alguno. Ese mismo fenómeno, pero en el orden moral, se realizaba en él. Sabía que todas sus ilusiones las había

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

